

LA CELEBRACIÓN DE LA NAVIDAD

Artículo publicado: N° 1076 AÑO XLIV del periódico del CONSUDEC p 29

Lic. Gloria Williams de Padilla.

La fiesta de Navidad empezó a celebrarse en la Iglesia latina en el siglo IV. En cuanto a la fecha del 25 de diciembre, el primero en fijarla fue San Hipólito romano en el siglo III y luego, en Roma el Calendario Filocaliano, el calendario de los mártires venerados públicamente en el siglo IV.

Para comprender los orígenes de esta celebración hay que tener en cuenta que entre las primeras devociones cristianas ocupaba un importante lugar la memoria de los mártires y rezar con sus reliquias. Se confeccionó un calendario con las fechas de su nacimiento y muerte, esto dió origen a la determinación de una fecha para celebrar el nacimiento de Jesús. En Roma, en el siglo IV, se situó la fiesta de Navidad a la cabeza del ciclo de los Santos mártires y se consideró a Cristo Jesús, desde su Nacimiento como primicia de todos ellos y fuente de su santidad.

El canto folclórico Noche Anunciada refleja explícitamente la íntima unidad entre la Pascua de Navidad y la Pascua de Resurrección: *“en sus bracitos mece una cruz”*.

Desde que la Sede Apostólica de Roma cristianizó la fiesta pagana en honor del Sol invicto (el dios persa Mitra) del solsticio de invierno, para nosotros verano, la memoria del Nacimiento de Jesús, *“Luz resplandeciente para el mundo”* como dice la misa de la aurora, se extendió a todo el Oriente.

Dos Evangelios presentan la infancia de Jesús y su genealogía. San Mateo lo entronca con Abraham y con Ruth, una mujer extranjera que optó por la fe de su suegra y fue abuela de David a cuya descendencia le fue prometida el nacimiento del Mesías, el Cristo, el ungido o consagrado para la redención. Mateo, que predicó a cristianos provenientes del judaísmo, nos dirá tantísimas veces “esto ocurrió para que se cumplieran las Escrituras” y pone de relieve la figura de José y su paternidad compartida con la Virgen María cuando, evocando a Isaías, dice: *“Ved que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel”*. San Lucas lleva la genealogía de Jesús hasta Adán hijo de Dios y destaca el lugar privilegiado de María y de Juan el Bautista, con los cánticos de alabanza que han pasado a formar parte de la Liturgia de las Horas, así como ubica a los pastores como primeros destinatarios del anuncio de salvación.

El prólogo del Evangelio de San Juan a la vida pública de Jesús nos introduce en el misterio de su divinidad y humanidad, de la pre-existencia y pro-existencia de la Palabra que *era la luz verdadera que ilumina a todo hombre viniendo a este mundo*, en consonancia con la expresión profética condensada en el cántico de Zacarías: *nos visite una luz de lo alto para iluminar ... y guiar nuestros pasos por el camino de la paz*.

El tiempo de preparación de la Navidad tiene un ritmo simbolizado por la Corona de Adviento, que felizmente se ha recuperado en muchas comunidades y familias cristianas. La expectativa marcada cada semana por el encendido de cada una de las velas nos va llevando de una reflexión penitencial con gestos de servicio y amor compartido, al gozo del misterio de Dios encarnado en un Niño, en una familia para hacerse cercano a nosotros y restaurar nuestra condición filial y fraternal.

El Papa Benedicto XVI pidió a los católicos colocar el pesebre en sus casas con anticipación para concentrar en Cristo la preparación de la Navidad, excluyendo el consumismo que conlleva una sociedad secularizada.

Hoy ya es una tradición en muchas arquidiócesis y diócesis la celebración ecuménica de pesebres vivientes, una forma de compartir la misión y el testimonio de unidad en la diversidad cuando se trata de anunciar la salvación que nos llega en el Niño de Belén.

Centrar nuestra mirada en la primera venida de Jesús es renovar y celebrar sus formas de permanencia en nuestro tiempo así como poner nuestros ojos en su segunda venida, que nos compromete con el Reino de Dios, porque ya ha comenzado pero hasta entonces no se habrá

completado. El adviento del tiempo escatológico destacado por los cristianos de la Iglesia Adventista del Séptimo Día une a los cristianos con la expectativa judía del Mesías, aunque la gracia de la fe en Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, nos hace vivir anticipadamente la alegría de Dios entre nosotros, nacido en la humildad de un pesebre.

En la reflexión sobre la celebración de Navidad no debe faltar la consideración de otras dimensiones de carácter interreligioso y/o cultural.

La primera tiene relación con las raíces del Judaísmo y la cercanía espiritual con “nuestros hermanos mayores”.

Entre las maravillas que Dios hizo por el pueblo de Israel, la Biblia le manda recordar cada año la Fiesta de Januca o de Las Luminarias (I Mac.4,59 y II Mac 1,9; 10,6), que suele tener lugar en diciembre. Con ella se conmemora la restauración y purificación del Templo, con motivo de la defensa emprendida por los jóvenes y valientes hermanos Macabeos en favor de la libertad religiosa judía avasallada por la autoridad griega que había coartado las expresiones religiosas y violado la santidad del Templo de Jerusalén con intentos sincretistas y de imposición de un culto inapropiado a la misma autoridad.

La fiesta de Januka también tiene su ritmo, una vela se enciende cada día hasta completar el número ocho, por el milagro de la duración del poco aceite disponible que mantuvo encendida la *menorah* durante las ocho noches de purificación. Su festejo incluye comidas fritas. Januka es para todos los hombres de buena voluntad un antecedente y una enseñanza de la defensa de este derecho fundamental de la libertad religiosa, que aún no es respetado en muchos países, por lo que muchos cristianos no podrán expresar abiertamente la celebración de la Navidad.

La segunda está ligada al Islam y una de las principales fiestas que celebran los musulmanes. El festejo de la Navidad contagioso aún para los no cristianos que comparten la dimensión familiar y de amistad del encuentro con los otros.

Me contaba una marroquí que los musulmanes en su país celebran la Navidad compartiendo en familia la clásica torta francesa en forma de leño, destacando que sólo se compra o se hace si podrá ser compartida.

En fecha cercana a la Navidad suele celebrarse, según el calendario islámico, una fiesta del Islam: el Día del Sacrificio *Id Al Adha* que rememora la fe monoteísta de Abraham, cuya figura es destacada en el Corán y presente en la conciencia islámica. Es la más importante de las celebraciones devocionales del calendario islámico, llamada también la Fiesta Grande porque coincide con la tradicional peregrinación a los lugares santos en la Meca, cuando millones de peregrinos procedentes de todos los rincones de la tierra, sin distinción de raza o condición social, se disponen allí a llevar a cabo actos de adoración y plegaria. Este rito, que es uno de los pilares del Islam debe ser cumplido por los musulmanes por lo menos una vez en la vida, si se disponen los medios para hacerlo.

La tercera está relacionada con la memoria del dolor de la tragedia del 2004 que marcó la Navidad y el Fin de Año porteño..

Navidad tiene para los argentinos el marco del dolor de quienes perdieron parientes o amigos, casi 200 jóvenes, en el incendio del local “*Cromagnon*” que destapó tanta inseguridad y vulnerabilidad, tanta incompetencia como inconciencia. La Iglesia acompaña a las familias con pastores que con la continuidad de su palabra y gestos dan testimonio del amor misericordioso de Dios. La canción popular alienta a los que sufren a celebrar porque “*más allá del rencor, de las lágrimas y el dolor brilla la luz del amor dentro de cada corazón. ...*”

Conociendo la esencia de los distintos credos, respetando la diversidad, sin pecar de sincretismo, podemos decirnos ¡FELIZ NAVIDAD! porque todos entendemos que con este saludo nos deseamos la paz prometida, que para los cristianos ya fue realizada por Cristo.

La celebración de Navidad culminará con la fiesta de Reyes o Epifanía que significa manifestación de Dios, fecha en que antiguas iglesias orientales e iglesias ortodoxas celebran la Navidad. Es de esperar que la tradición cristiana occidental recupere la importancia que la tradición oriental da a la fiesta de Epifanía. Se celebra tanto la revelación a los sabios de oriente que relata San Mateo y, en ellos, a todos los hombres que buscan la verdad, como la

manifestación de Dios en el Bautismo de Jesús dando testimonio de su divinidad y revelando la Trinidad en el misterio de la Unicidad y Unidad de Dios. ¡Ven Señor Jesús!